

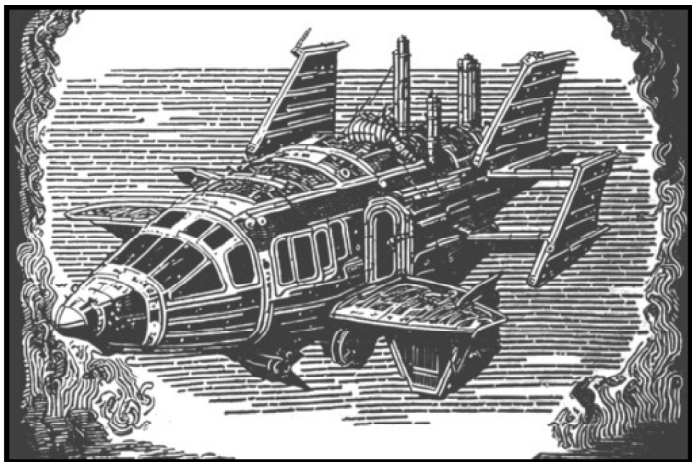
P A P E N F U S S

BOLETÍN GRATUITO DE RELATOS



DIARIO DE LA NAVE MARIBOR

— Juan Cuquejo —



CAPÍTULO PRIMERO

Las naves espaciales también envejecen. La mía tiene tres siglos y medio, así que está llena de achaques. Ninguno de ellos me preocupa; lo que me quita el sueño es una avería grave que llevo dos años buscando.

Sé que os estaréis preguntando: «¿Cómo puedes no encontrar una avería grave, Deirdre?» Pues porque mi nave es un carguero de 2.945 metros de largo con sistemas de autorreparación. Mi vieja nave encuentra la avería, la intenta reparar y esta sale huyendo. La Maribor es tan grande que un fallo tiene mucho sitio para ocultarse. Si lograra localizarlo y conocer su naturaleza, realizaría una reparación manual. Lo único que sé de la avería es que si afecta a

un punto vital, mi viejo carguero se convertirá en millones de pedazos de metal que iniciarían un viaje eterno por mi sistema solar. Esos trozos de nave estarían acompañados por mi cadáver y el cuerpo diminuto de Valeria, mi gatita.

De acuerdo, soy muy dramática: no hagáis demasiado caso. Tampoco sufráis por Valeria; es solo una gata sintética. La Maribor es un carguero comercial, y los sistemas de soporte vital son caros. La tripulación se reduce al mínimo posible, una persona, la que escribe este diario para espantar la soledad: vuestra amiga Deirdre.

*

Perdonad mi silencio repentino. Sonaron un par de alarmas y la avería

esquiva afectó al compartimento de carga 54. Casi la tenía, pero se ha vuelto a escapar. Voy a estar persiguiéndola durante los ocho años de servicio que me quedan. Mientras la cocina me prepara un café, os voy a hablar de mí. No sé en qué año leeréis este diario, ni desde qué planeta lo haréis; por tanto, diré cosas que os parecerán obvias.

La fecha universal es el 16 de octubre de 12157 y vivo en el sistema solar de Novgorod. Leí que nuestro sol lleva el nombre de una ciudad de la Tierra. Mi nave también tiene nombre de ciudad terrestre. Quizá lo sepáis, pero mi sistema solar es el mayor del espacio habitado: cincuenta planetas, treinta de ellos poblados, y doscientos dieciséis planetas enanos, todos colonizados menos siete.

En Novgorod soy una rareza. Además de pertenecer a la raza terri-

cola, que solo ocupa dos planetas del sistema, no estoy modificada genéticamente. Los terrícolas, a diferencia del resto de razas que componen la humanidad, conservamos el aspecto de humanos primitivos, pero, además, yo carezco de mejoras: solo me eliminaron la tendencia a la miopía. La gente como yo no llega a ser el 2% de la población terrícola. Tengo veintiocho años, no soy muy alta y estoy un poco delgada. Mis amigas me envidiaban por mis pecas, mis ojos azules y por ser pelirroja natural, pero os aseguro que no es para tanto: tengo la nariz muy fea.

La Maribor es un carguero mercante que recorre una ruta de dos años estándar de duración y pasa por los mismos quince planetas mayores y cuarenta enanos cada bienio. La pongo en órbita en torno a cada mundo que visito y un transbordador descarga en las bodegas los productos

destinados a otros mundos. Después, se lleva al planeta los que empresas y particulares han adquirido. La Maribor requiere poca energía para esas operaciones, ya que los viajes interplanetarios son parecidos a navegar en un velero. Según la forma en que te acerques a un planeta, puedes acelerar o frenar sin apenas gasto de combustible. Además, la Maribor está preparada para aprovechar la asistencia gravitatoria de Novgorod. Pocas naves civiles lo logran sin detenerse por el calor.

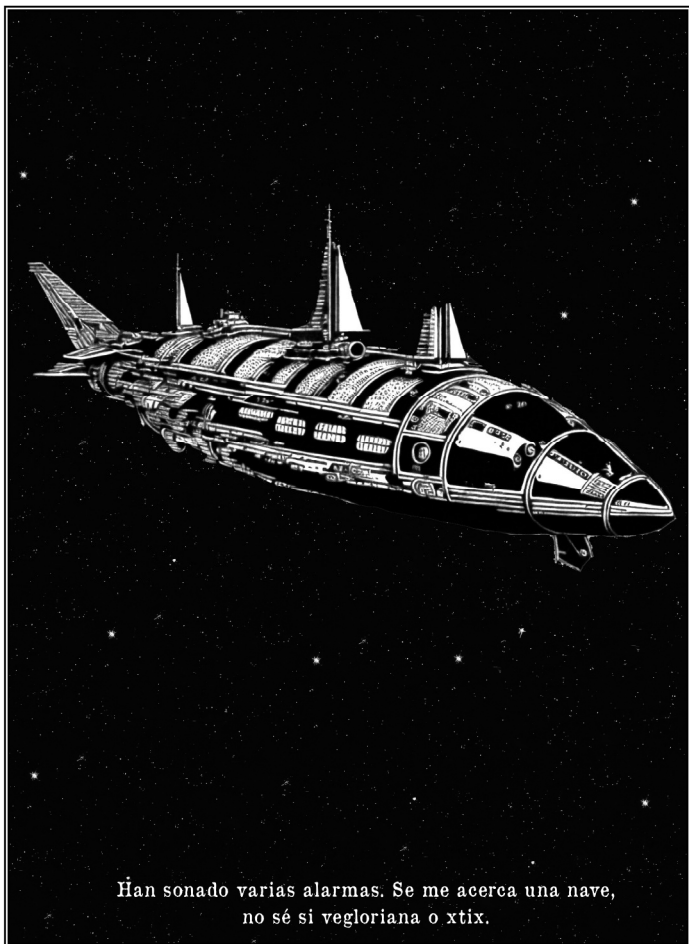
He dejado adrede el café en un borde de la mesa. Valeria ha saltado y se ha puesto a oler la taza. La he alzado porque si la dejo, meterá el hocico, pero le permito olfatear el borde. Como siempre, se ha cansado pronto y se ha marchado.

Solo he tenido quince minutos de paz tras el café. Han sonado varias alarmas. Se me acerca una nave,

no sé si vegloriana o xtix. Estoy demasiado lejos de esos mundos como para que sea un transbordador. Si son piratas, estoy perdida. He comprobado que los cuatro cañones de la Maribor están operativos y he puesto en alerta a Bob y a Gladys, que a pesar de sus nombres son dos cazas robóticos capaces de despedazar mi nave si les dejara.

Media hora después, me ha llegado una transmisión. Es un crucero de batalla xtix. Los xtix son una raza de humanos alados de treinta centímetros de altura. Lo que me han pedido me ha dejado atónita. No me lo puedo creer, pero pienso que no mienten. He solicitado instrucciones al centro de control; tardarán tres horas en responder.

¿Qué voy a hacer si me niego y los xtix se enfadan?



CAPÍTULO SEGUNDO

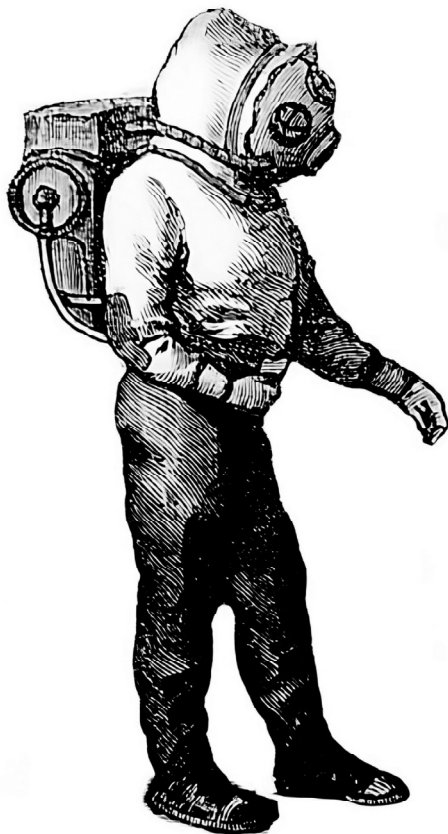
La respuesta del centro de control sobre la petición del crucero xtix me irritó. Dijeron que era ilegal permitir cualquier modificación de la carga, pero que actuara con prudencia. O sea, que decidiera yo.

Tragué saliva antes de contactar con el crucero. Los xtix se comunican cambiando el color de los ojos, algo que pueden hacer a una velocidad enorme. Por suerte, los traductores automáticos están al alcance de cualquiera. Le expliqué al capitán xtix que no podía permitirles la entrada a las bodegas de la Maribor. Los ojos de mi interlocutor destellaron en tonos rojizos. Recité varios artículos del derecho interplanetario, mientras el xtix se enfurecía más.

Sonaron las alarmas y tuve que desviar la vista de la pantalla principal. Aquellos tipos habían lanzado y detonado un misil a una distancia inofensiva, aunque amenazaron con no fallar la próxima vez. Habría sido absurdo ser tan idiota como ellos y enfadarme, así que negocié.

*

No soporto el traje espacial. Se me pega al cuerpo y el aire huele a viejo. Sin embargo, había acordado con los xtix inspeccionar dos contenedores del compartimento 312. Tenía la esperanza de que sus escáneres de vida estuvieran confundiendo alguno de los animales suspendidos que debía descargar en Larbik con un polizón xtix. Me habían asegurado que su delito era tan grave que



No soporto el traje espacial. Se me pega al cuerpo
y el aire huele a viejo.

si no lo detenían y castigaban, varios altos cargos de una ciudad xtix tendrían que dimitir.

No tuve suerte. En medio de decenas de galusas dormidos en cápsulas, había una cápsula mayor, que se hallaba en una de las zonas que los xtix habían delimitado. Por los datos que me transmitían, sus escáneres no podían señalar una posición exacta debido al resto de las cápsulas.

Toqué la cápsula grande y saltó un texto en mi lengua. No me extrañó, porque es bien sabido qué cultura opera la Maribor. Me sorprendió lo que decía: «antes de entregarme, hable conmigo. Se lo suplico». Y yo, que soy muy tonta, tomé la cápsula y otras dos con galusas, para despistar a los xtix, y regresé al puente.

*

Tuve que inspirar hondo varias veces antes de contactar con la nave xtix. Si lo descubrían... Le expliqué

al capitán que había encontrado una cápsula fabricada en su planeta, pero dentro no había ningún polizón, sino un galusa. El xtix se enfureció y me acusó de mentir. Dejé la cápsula en la otra punta del puente y le pedí que la escaneara. Como buscaban seres vivos, si yo estaba cerca falsearía las medidas.

Me toqué el abrigo y sentí cómo temblaba el xtix que me abrazaba debajo. Era experta en tecnología espacial: sería imposible, a la distancia la que se hallaba el crucero, que sus escáneres de vida pudieran captar que tenía al xtix bajo la chaqueta, pero me aterrorizaba pensar que iban a detectarlo.

Cuando el capitán del crucero me pidió disculpas por las molestias y cortó la comunicación, suspiré de alivio y acaricié al xtix, que seguía temblando. No me quité el abrigo para liberarlo hasta que los sensores

del carguero me aseguraron que nos hallábamos fuera del radio de acción de los escáneres del crucero.

El polizón no podía traducirme su nombre. Quiso que lo llamara «Acebo». Siempre he pensado que debería dejar de leer novelas románticas. Arriesgué la vida porque Acebo huía de un matrimonio pactado, típico de los xti. A Dalia, su amor, la habían enviado a una estación científica remota y Acebo se había ocultado en la carga de la Maribor porque unos amigos de Larbik habían comprado su cápsula y lo ayudarían a reunirse con Dalia. No fui capaz de condenar a Acebo a una vida sin amor.

*

Durante las tres semanas que tardamos en llegar a Larbik, disfruté de la compañía de Acebo. Era muy diferente del malhumorado capitán. Me contó cosas de su pueblo, que adoraba

los árboles y cuyas ciudades estaban llenas de ellos. Me hablaba de Dalia, de lo simpática y guapa que era.

Me demostraba su agradecimiento como podía. Me acostumbré a que me llevara el desayuno a la cama, a que buscara a Valeria cuando se escondía, a que revoloteara por el puente de mando y me preguntara por el significado de lo que mostraban las pantallas. Le gustaba mi pelo y le dejaba que cada día me hiciera algo nuevo: trenzas, coletas, moños... Espantó de tal forma mi soledad que creí que no volvería a experimentar.

El día que volví a meterlo en la cápsula, fui fuerte y no lloré delante de él. Solo me deshice en lágrimas, mientras intentaba detenerlas con un café, cuando la cápsula comunicó que Acebo había hibernado con éxito. Lo demás fue bien. Devolví la cápsula al contenedor, regresé al puente

y esperé al transbordador de Larbik. La añoranza que ya sentía por Acebo se amortiguó un poco cuando el tripulante del transbordador, un larano de seis tentáculos, me hizo una petición curiosa.

En el contenedor de los víveres y suministros, que se acoplaba directamente a la zona habitable de la

Maribor, había dejado una caja. Contenía algo muy especial, según un papel que tenía pegado y que añadía la prohibición de abrirla antes de que hubieran transcurrido sesenta horas.

Fue un suplicio esperar más de dos días para abrirla.

CAPÍTULO TERCERO

Puse la caja misteriosa en la mesa grande de la sala de recreo de la Maribor. Valeria maullaba y se frotaba contra mis pantorrillas, pero no le hice caso y se marchó. Me temblaban las manos cuando toqué dos solapas y alcé la tapa.

Mi entusiasmo se transformó en decepción. Había una maceta, un plato, una bolsa con tierra y una caja pe-

queña sobre unas hojas grapadas con instrucciones en mi idioma. Esperaba alguna maravilla tecnológica larana y me encontré con una esfera metálica que, según los papeles, era una semilla sintética.

Yo que pensaba que iba a probar una inteligencia artificial nueva, o un ordenador o una videoconsola, y solo me pedían que, durante los dos meses de trayecto hasta Clasbunde,

PAPENFUSS - II

regara aquella maceta todos los días tras haber sembrado la semilla. Por culpa del entusiasmo, apenas disfruté de las preciosas nubes azules de Varsovia, el gigante gaseoso en torno al que orbitaba el planeta Larbik.

Dejé la maceta en la sala de recreo y, aunque no me olvidé de regarla, creí que había matado a la planta. Antes de sembrarla, la analicé con todos los sensores y escáneres que tenía en el taller. No averigüé nada, creí que solo había logrado dañar sus mecanismos. Por suerte, a los quince días, germinó.

Me hizo gracia ver tres hojas diminutas abrirse paso entre la tierra negra. Dos días después, se desplegaron luciendo un azul tan bonito como el de Varsovia. Eran hojas ovales del tamaño de mi pulgar, que brillaban como si fueran metálicas.

La planta creció muy rápido durante la semana siguiente, hasta que le brotaron quince hojas y le nació un segundo tallo. Después, volví a preocuparme: las hojas se agrandaban, pero ya no nacían nuevas.

Y un día, me quede dormida en el puente mientras las pantallas mostraban un informe tan largo como aburrido. No era la primera vez, la novedad fue la música de violín que me despertó. Se trataba de una melodía preciosa, tocada al estilo de Irlanda, la pequeña isla terrestre donde vivieron mis antepasados. Las notas de la canción me recordaron a mi madre, y me quedé un rato sin moverme.

Las misiones interplanetarias son tan largas que se elige a personas sin familia como pilotos. Perdí a mi madre cuando terminaba el primer curso de Ingeniería Espacial. De mi padre no me acuerdo: se marchó

cuando tenía dos años. No tengo hermanos ni tíos.

Se me humedecieron los ojos al reconocer la melodía. En la Universidad seguí estudiando música. Aquello que oía era una pieza muy sencilla, que iba a interpretar junto a mis compañeros a final de curso. A mi madre le encantaba, pero nunca pudo oírmela tocar.

El ordenador de a bordo no estaba reproduciendo melodía alguna y salí para averiguar la fuente. Descubrí que algo de la sala de recreo iluminaba el pasillo. Resultó ser la planta metálica, cuyas hojas despedían rayos de distintos colores que giraban despacio. Fui al taller y ajusté el multisensor, una maravilla tecnológica de mi planeta capaz de medir veintidós fenómenos físicos diferentes.

La luz que emitían las hojas era real, pero recorrí la zona habitable de la

Maribor y en ningún sitio capté las ondas sonoras de la música de violín. El aparato registraba mi voz y los golpes que daba contra el suelo para probarlo. La única explicación era que el violín solo sonaba en mi mente.

La música se apagó tres horas después. Las luces de la planta larana siguieron brillando con la misma fuerza, como si no tuvieran nada que ver con el violín.

*

Dos días después, soñé que estaba en una playa de arena dorada con palmeras. Oía el rumor de las olas al romper. Me adentraba en el mar en una barca que no podía dirigir porque los remos eran muy pesados para una niña.

En lo alto de unas rocas vi a una sirena, de pelo negro y cola azul. Me saludó y se zambulló. Tras un instante sacó la cabeza del agua, junto



En lo alto de unas rocas vi a una sirena,
de pelo negro y cola azul.

a mi barca, me sonrió y se sumergió. Poco después saltó por encima de mí, como hacían los delfines, y desapareció de nuevo bajo el agua.

Pasó un buen rato y la sirena emergió para cruzar los brazos sobre la popa del bote. Sonriendo, me tendió una caracola. Me la pegué a la oreja y percibí, más intenso, el sonido de las olas. Le pregunté el nombre a la sirena y cuando respondió que se llamaba Alys, la angustia me despertó.

Me incorporé a punto de llorar. Me libró del llanto el rumor de las olas que me rodeaba. Tomé el multisensor de la mesita de noche y, como me esperaba, no detectó sonido. Me dirigí a la sala de recreo y la planta larana seguía brillando de la misma forma. Sin embargo, estaba segura de que era la causante de esos recuerdos tan dolorosos. La sirena Alys era la protagonista de los cuentos que mi

madre me contaba cuando era pequeña.

Las instrucciones que había en la caja advertían de efectos inusuales, pero inofensivos. Podrían haber explicado lo de los sueños y los sonidos.

¿Por qué el mecanismo larano despertaba recuerdos que tenía dormidos por el dolor que me causaban?

Puedes visitar el blog de Juan
Cuquejo



La bitácora de Sinciforma
<http://sinciforma.blogspot.com>

CAPÍTULO CUARTO

No soñé ni percibí sonidos misteriosos durante tres días. La planta sintética seguía brillando con la misma intensidad, e intuí que las imágenes volverían. Me sentía más triste y sola que nunca. Fui a la sala de robótica, con Valeria en brazos, y pasé un buen rato mirando a Paúl. Se trataba del robot que podría haber activado, en vez de a la gata, para hacerme compañía. Eché de menos poder hablar, aunque fuera con una inteligencia artificial muy primitiva. Era guapísimo, diseñado para que se pareciera a mi actor favorito, y con gusto le habría apoyado la cabeza en el pecho para buscar consuelo. Pero como no podía activarlos a la vez, prefería tener conmigo a Valeria.

Cuando las imágenes regresaron, fui incapaz de comprender o reaccionar. Soñé que me despertaba en una habitación soleada. Los muebles eran antiguos, de haría cuarenta años, y el dormitorio me resultaba familiar. Había interrumpido mi sueño una voz de mujer.

Si mi consciencia no hubiera estado dormida, me habría sobresaltado al reconocer a mi abuela. Era más joven de lo que recordaba. Supe que, en mi sueño, yo era mi madre porque mi abuela me llamaba por su nombre: Aislinn. Mi madre tendría unos nueve años y mi abuela le había traído el desayuno. Le acariciaba las mejillas y le hablaba con dulzura para confortarla tras una noche sin apenas dormir por culpa de una



Supe que, en mi sueño, yo era mi madre porque
mi abuela me llamaba por su nombre: Aislinn.

gripe. Fueron unos minutos maravillosos, que me hicieron recordar las veces que me madre me había tratado igual. Añoré su cariño y el de mi abuela.

Todo cambió. Me hallaba en medio de una manifestación. Tenía a mi abuelo al lado, tan joven que lo reconocí porque se trataba de un sueño. Por los gritos de la muchedumbre, supe que revivía la revuelta de Slobhar. A partir de ahí, todo fue confuso. Un batallón de soldados bloqueó las calles y acribilló a una multitud desarmada. Vi caer a los manifestantes a mi alrededor. Corrí aterrorizada, entre gritos de pánico y dolor. Luego vinieron imágenes de boletines informativos, de arengas en las calles. Parecían recuerdos, pero no podían serlo: nací veinticinco años después de aquello. Eran tantas las imágenes, y tan duras, que no pude soportarlo: caí de rodillas, gritando.

Todo desapareció. Me vi en el dormitorio que ocupaba cuando era niña. Mi madre estaba al lado, sonriendo. Me dio las gracias y me lo explicó: la planta larana era una máquina experimental. Conectaba con la mente de una persona e iba buscando, entre sus recuerdos, información que la memoria aún albergase de manera inconsciente. Buscaban datos sobre la revuelta de Siobhar, que estalló tras la matanza a la que mis abuelos sobrevivieron. La planta sintética leía todo lo que había oído o leído de ese hecho: lo que contaron mis familiares, los libros, las revistas, la prensa...

Desperté enfadada con el larano que me había enviado la planta, aunque me calmó recordar que el experimento había terminado. Me levanté y comprobé que el ingenio larano tenía una flor roja en lo alto. Se parecía a una rosa, y era muy

bonita, pero se marchitó a los pocos días y dio un fruto que era, nada menos, una memoria portátil. Al formarse el extraño fruto, la planta dejó de brillar. La memoria no estaba protegida y el ordenador de a bordo pudo leerla, pero la cantidad de información almacenada era enorme y la mayoría del texto estaba en larano. Terminé aburrida.

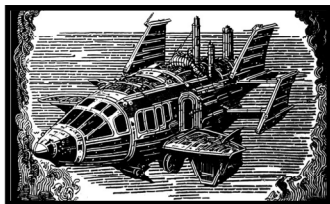
Cuando el transbordador de Clasbunde se acopló a la Maribor, recibí una comunicación de un centro de investigación larano de una de las ciudades habitadas por aquel pueblo en ese planeta. Me pedían que depositara la memoria en el contenedor CL-135, donde hallaría una compensación para mí.

Se trataba de un proyector universal cargado con imágenes, sonidos y olores de todos los planetas del sistema de Novgorod y de los pla-

netas enanos más hermosos. Aquel regalo maravilloso consiguió que perdonara a los científicos laranos a causa de los malos ratos provocados por aquella planta sintética que he dejado en la sala de recreo.

Disfruté durante tres días de las proyecciones y vi menos del cinco por ciento. Tendría diversión para dos o tres meses.

La paz se esfumó al cabo de dos semanas y media. Me ejercitaba con la bicicleta estática cuando el ordenador de a bordo activó varias alarmas. Me apresuré a entrar en la cabina de mando y lo que vi en las pantallas de me dejó atónita y aterrorizada.



CAPÍTULO QUINTO

Tripular una nave como la Maribor es un trabajo solitario. Pero, en el espacio, es mejor la soledad que ver cómo las cámaras de una de las bodegas captan a una sombra, una que se aferra a un contenedor y se impulsa para alcanzar otro.

No supe si alegrarme o sentir pánico cuando vi a la sombra tocar un panel del techo y causar una avería de la que me informó una nueva alarma. Me alegró descubrir la causa de esa avería esquivada que llevaba largo tiempo molestándome, pero me aterró saber que la provocaba un ser consciente.

La Maribor tardó unos minutos en reparar el daño. Lo que me preocupaba era ignorar qué tipo de ente

era aquel y cuáles serían sus intenciones. Se pegó a una pared y avanzó hacia una de las compuertas. No quería encender la luz de las cámaras para no delatar su posición al intruso, pero gracias a la débil iluminación de la bodega y al contraste con el metal claro del interior del casco, pude hacerme una idea de la forma de aquel ente.

Tenía una figura similar a la de un ser humano con alas, con la diferencia de que parecía tener manos en vez de pies. Debía de tratarse de un robot, ya que en las bodegas no hay aire y la temperatura es muy baja: los contenedores son los que cuentan con aislamiento térmico o sistemas de calefacción autónomos.

Cuando el monstruo causó varias averías en los sistemas de anclaje de la compuerta, tuve una sospecha. Listé las localizaciones de las averías y comprobé que la mayoría se habían producido en la bodega 18, aquella donde se hallaba la sombra. Además, la naturaleza de los fallos en las otras cuatro donde los había detectado, era diferente. Las averías en las otras bodegas se podían inducir manipulando a distancia el software de los equipos que fallaban: las únicas averías que necesitaban contacto físico para producirse eran obra de esa sombra, que llevaba tiempo encerrada en aquella parte de la nave y, al parecer, había decidido abandonarla. Comprendí que no era casualidad. Después de Clasbunde, la Maribor tardaría cuatro meses en llegar a Golbandu, el próximo mundo en el que atracaría un transbordador, el

intervalo más largo de todo el vuelo. Eso implicaba que no podría solicitar a alguna unidad militar la inspección y limpieza de la bodega hasta llegar cerca de Golbandu.

Iba a enviar a un robot para acelerar las reparaciones de la compuerta y evitar que la sombra saliera e intentase atacar la zona habitable cuando pensé en algo mejor. A quien movilité fue a Gladys, que se dirigió hacia la compuerta. Para despistar al ente, incrementé la energía disponible para los sistemas de reparación de la parte atacada de la bodega, pero mi objetivo era dejar salir al monstruo.

Tras media hora de lucha, vi a través de las cámaras de Gladys que la sombra abrió la compuerta y avanzó pegada al casco hacia la zona habitable de la Maribor. Me interesaba que se alejara todo lo posible, pero no podía permitir que el ente viera



A quien movílicé fue a Gladys,
que se dirigió hacia la compuerta

a Gladys, cosa que juzgué inevitable.

Así que le ordené abrir fuego.

Fue un éxito. Gladys usó un láser de

alta potencia para abrasar a la sombra sin dañar el casco de la Maribor.

El ente trató de regresar a la compuerta tras haber perdido las dos alas y la mitad de una pierna. Por desgracia, no conseguí reparar los cierres a tiempo y el monstruo consiguió regresar a la bodega sin perder más que

la otra pierna. Una vez dentro, la sombra se alejó de la cámara para perderse entre los contenedores.

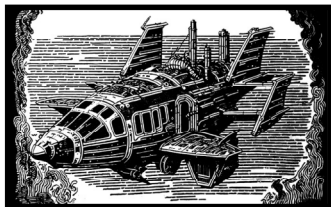
El alivio que sentí, como ya os podréis imaginar, fue enorme. Una vez reparada la compuerta atacada, la sellé tras hacer lo propio con todas las demás. Si el monstruo se quedaba encerrado en la bodega 18, no tenía nada que temer. Configuré el ordenador para que rastrease continuamente la bodega y para que saltara una alarma de inmediato si la

criatura volvía a aparecer o se daba cualquier avería, por mínima que fuera.

Cogí en brazos a Valeria y la acaricié mientras vigilaba las pantallas. Aunque fuera sintética, tenía la misma intuición que los gatos naturales y le había contagiado mi nerviosismo. Pronto, se tranquilizó y ronroneó.

*

Una semana después, la sombra no había dado señales de vida. Volví a la rutina de una tripulante solitaria de un carguero interplanetario hasta que recibí una transmisión tan inesperada que pensé que era un fallo de mis receptores. Pero no lo era.



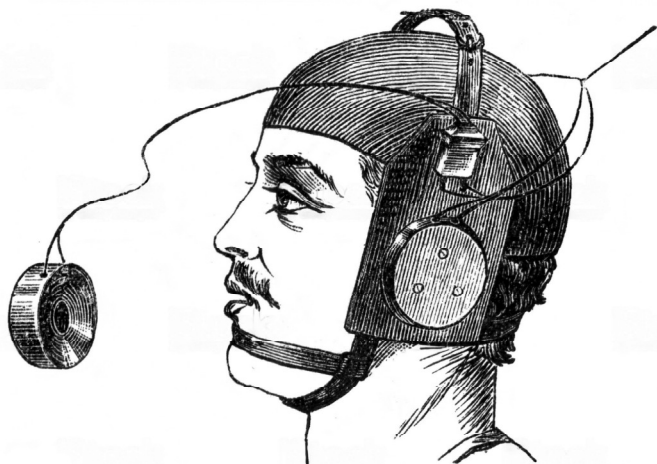
CAPÍTULO SEXTO

En aquellos momentos, la Maribor volaba lejos de planetas grandes. El mundo más próximo era Krasna, un astro diminuto en el que vivían tan solo cincuenta personas. Se trataba de un planeta enano habitado por científicos que necesitaban aislamiento y un ambiente limpio. Por eso, no me esperaba una transmisión desde allí.

Un joven llamado Hans, un científico de materiales de mi planeta, se había sentado frente a un micrófono, después de haber cenado, y contaba sus vivencias del día. Hans estaba emitiendo las páginas de su diario y, desde las primeras palabras, me encanté. Espantaba la soledad narrándole, a quien pasara por allí, como

era su vida. Igual que yo, con la diferencia de que prefiero teclear porque no me gusta la voz que tengo.

Hay algo que quizá no sepáis si no pilotáis naves interplanetarias. Toda nave pensada para vuelos muy largos tiene su propio horario. Perdería la razón si la Maribor no replicara el ciclo de alternancia entre el día y la noche propio de los planetas habitados. Lo que sucede es que la hora de la Maribor no coincide, en general, con la de los planetas que visito. Krasna no tiene atmósfera y su periodo de rotación es de unas diez horas y media, por lo que las bases científicas definen días artificiales de 24 horas. Aunque Hans transmitía a las once de la noche, en la Maribor eran las cuatro de la tarde.



Un joven llamado Hans, un científico de materiales de mi planeta,
se había sentado frente a un micrófono

Hans tenía una sensibilidad muy particular y, todos los días a las cuatro, me sentaba en mi sillón de la sala de recreo para escuchar la entrada del diario con el equipo de mayor calidad que tenía. Su voz era preciosa: grave y pausada. Transmitía una calidez que me enganchara a sus emisiones tanto como la belleza de sus palabras.

Hans era capaz de encontrar belleza incluso en un planeta yermo como Krasna. Narraba que cada tres o cuatro días, la luz de Novgorod incidía con el ángulo correcto en unas montañas semitransparentes que se veían por la ventana del mirador de su base. En esos momentos, disfrutaba de patrones de colores tan bonitos que Hans se lamentaba de no poder enviar fotos. Describía los juegos de colores con que se divertía la naturaleza tan bien que anhelé aterrizar en Krasna y verlos sentada junto a él.

Otras transmisiones iban sobre cómo la soledad cambia a las personas. Pasar años en soledad, obligado a habitar un espacio pequeño del que no se podía salir, cambiaba a las personas. Tanto él como yo teníamos la fortaleza psicológica y el entrenamiento necesarios para soportarlo sin perder la cordura, pero el deseo de tener a otras personas al lado, aunque fuera unas pocas horas, te asaltaba todas las noches, durante ese intervalo en que ya has dejado el mundo de los despiertos, pero aún no has entrado en el de los sueños. Era algo que compartía con aquel científico, tan solitario como yo.

Lo paradójico es que, cuando te acostumbras a la soledad, te asusta la idea de enfrentarte a la compañía. Aun así, no pude vencer las ganas de conocer a Hans. Era imposible preparar una cápsula y presentarme en Krasna, ya que las de la Maribor son

solo para emergencias: pueden aterrizar en un planeta sin que yo sufra daños, pero no pueden devolverme a mi nave. De la Maribor solo podré salir gracias a un transbordador. Pero sí podía grabar unas frases y enviárselas a aquel hombre con quien tenía tanto en común. Quería demostrarle que, muy lejos, viajando a una velocidad enorme, tenía una amiga con la que conversar cuando quisiera. Necesité cinco intentos para lograr una grabación decente. Me ponía nerviosa y me cortaba demasiado. A veces me temblaba la voz, otras veces se me olvidaba qué quería decirle. Me resultaba muy difícil conseguir que mis frases sonaran tan hermosas como las de Hans y me daba vergüenza dar la imagen de ser una chica incapaz de decir más que tonterías.

Las distancias en los vuelos interplanetarios son tan grandes que incluso

las transmisiones electromagnéticas, que van a la máxima velocidad de la luz, tardan demasiado. En mi caso, mi transmisión tardaría una hora y media en llegarle, así que, como mínimo no recibiría respuesta hasta pasadas tres horas, si es que la recibía.

*

Cuatro horas después, me hallaba en el puente de mando y el ordenador me informó de la llegada de una transmisión. Tanto me emocioné que corrí hacia la sala de recreo y me senté a toda prisa en el sillón.

Se me partió el corazón. Me respondía una inteligencia artificial. Hans llevaba diez años muerto. Falleció en un accidente mientras viajaba hacia aquellas montañas semitransparentes que tanto amaba. Para honrar su memoria, se emitía su diario a todos los centros de investigación de Krasna. Yo había captado la transmisión por casualidad, algo por lo

que se disculpó la inteligencia artificial, como hubiera algún motivo para pedir perdón.

He decidido seguir captando las emisiones y grabarlas. Me pregunto si a mi diario, este que estás leyendo, le sucederá lo mismo; si algún día, cuando lleve muchos años muerta, alguien leerá estas palabras y se encariñará conmigo. Quizá sueñen con conocer a una persona que ya no

existe. Quizá, en cierto modo, cuando alguien me lea vuelva a vivir, aunque sea un poco.

Y dos semanas después, estuve convencida de que me había llegado la hora. Sonó la peor alarma posible. Bob, mi segunda nave auxiliar de combate, había dejado de obedecer y se acercaba a la zona habitable de la Maribor.

CAPÍTULO SÉPTIMO

Todos mis intentos de contactar con la inteligencia artificial de Bob fracasaron. El ordenador de a bordo intentó desconectarlo, pero algo había tomado el control y aquella nave capaz de despedazar ella sola a la Maribor se acercaba a la zona habitable.

No tuve más remedio. Activé a Gladys y le ordené destruir a Bob. Confié en que no tendría problemas, ya que la avería de Bob tendría que afectar a su rendimiento. Me equivoqué. Gladys atacó primero, pero las contramedidas de su oponente funcionaron. Bob se alejó con rapidez,

para dejar a Gladys entre él y la Maribor, y lanzó todos los misiles. Fue muy astuto, demasiado. Gladys se preocupó no solo de su propia seguridad, sino que intentó defender al carguero, como era evidente que haría.

Se me cortó la respiración cuando Gladys recibió un impacto que la convirtió en miles de trozos de chatarra, muchos de los cuales chocaron con la Maribor y le provocaron un apagón de unos pocos segundos. Desesperada, intenté activar los cañones que defendían la zona habitable, pero Bob los destruyó uno a uno.

Observé impotente como Bob se aproximaba a la puerta de ataque de la zona habitable. Solo había una explicación: la sombra que creí haber derrotado controlaba a Bob desde dentro. Evalué mis opciones. El único cuerpo celeste al alcance de una cápsula e emergencia era Lahti, un planeta con un radio del 102% del

terrestre. Lo que el ordenador sabía de él era que se trataba de una especie de reserva natural, poblada por una especie humana que carecía de ciudades y tecnología. Aunque pudieran ayudarme a sobrevivir si aterrizara allí, tardarían años en rescatarme. Aun así, dejé las cápsulas de emergencia preparadas.

Lo que hubiera dentro de Bob atacó el sistema informático de la nave para forzar la apertura de la puerta de ataque. Mi única opción era luchar. Me aseguré de que Valeria se quedaba en el puente de mando y me preparé: me puse un traje espacial y me hice con dos fusiles de asalto, un lanzallamas de bolsillo y una pistola. El ordenador de a bordo me mostraba las imágenes de las cámaras de la sala de ataque en la pantalla del casco.

La puerta se abrió mientras avanzaba por la escalera que comunicaba

la zona habitable, cuyo único acceso había sellado, con la sala de atraque. La gravedad artificial se iba reduciendo a medida que bajaba, pero no me habrían destinado a la Maribor si no supiera desenvolverme en situaciones de ingravidez. A medio camino, me detuve y apunté. Aquella maldita sombra estaba cruzando la sala de atraque. Me daba igual dañar el casco a tiros: tenía que acabar con aquel monstruo a toda costa.

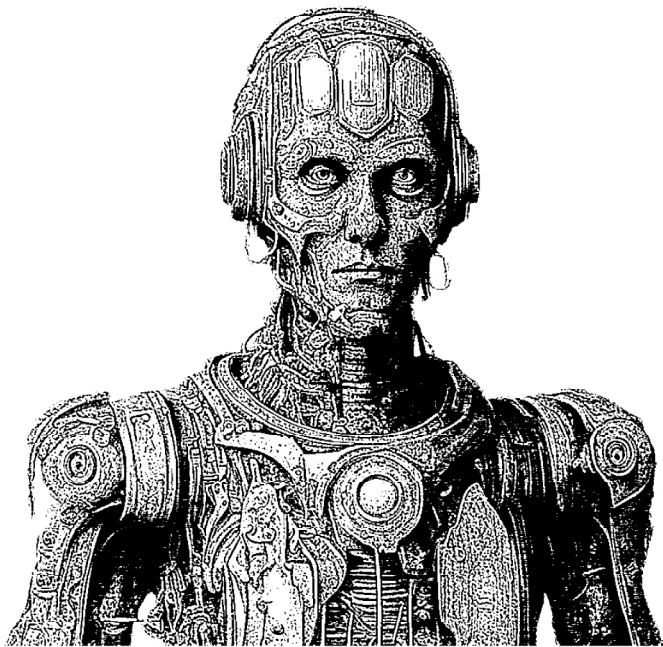
Me bastó captar un movimiento en la parte inferior de la escalera para ametrallar a aquella cosa. La alcancé varias veces, pero se apartó de la escalera. Seguí bajando lo más rápido que pude, animada porque los disparos le habían hecho daño, pero angustiada por si decidiese volver a Bob y destruir la Maribor.

En vez de eso, cuando entré en la sala de atraque, se me echó encima. Disparé un par de veces, pero le

bastó tocar el rifle para inutilizarlo. Saqué el lanzallamas y funcionó: huyó para pegarse en una pared, envuelto en humo. No pude rematarlo. Se desvaneció y ascendió trepando por la escalera que me había llevado hasta allí. Apunté con el rifle, con el corazón desbocado, pero no lo veía.

Para atraerlo, se me ocurrió atacar a Bob. Conecté el cable del ordenador de mi traje a su consola de mantenimiento. Eso me permitió saltarme los bloqueos que me habían impedido contactar con sus sistemas y empecé a recuperar el control de la máquina. Tardé muy poco en controlar sus sistemas de navegación e, inmediatamente, lo desacoplé con la esperanza de que la sombra acudiera.

Mi plan fracasó. El monstruo había forzado la puerta de acceso a la zona habitable y había accedido. Aquello era una pesadilla. Corrí de vuelta y sellé la puerta forzada. Después de la alerta



El armario transparente que contenía a Paul estaba roto,
y el robot había desaparecido.

inicial, el ordenador de a bordo había perdido el rastro de mi enemigo. Jaqueando por el esfuerzo y el miedo, entré en el taller y me llevé el detector multiusos. Iba a registrar la nave y dispararía a cualquier cosa que detectara. El puente de mando estaba limpio y Valeria se encontraba bien. Era la zona más segura de la nave, así que no me extrañó. Avancé por el pasillo, registrando estancia por estancia. En el taller y la sala de recreo no se había ocultado. Las zonas de pasillo que atravesaba también estaban limpias. El ordenador de a bordo, que rastreaba la zona habitable, no detectaba nada.

Cuando llegué a la sala de robótica, se me hizo un nudo en la garganta. El armario transparente que contenía a Paul estaba roto, y el robot había desaparecido. Aquel ingenio era una maravilla tecnológica: poseía una fuerza descomunal y aguantaría sin problemas una ráfaga de ametralladora. Aquello lo cambiaba todo. Tenía que volver al puente de mando y encerrarme allí.

Salí al pasillo y me quedé helada. Paul estaba a cinco metros de mí, quieto. Lo amenacé con el rifle y se limitó a mirarme con una sonrisa de desprecio.

Puedes descargar todos los números de Papenfuss siguiendo este enlace:



<https://papenfusslarevista.wordpress.com/papenfuss-electronicos/>

CAPÍTULO OCTAVO

Reprimí el miedo que me invadía, en un intento absurdo por mostrar firmeza. Aquello que había controlado a Paul no era un ser humano: no decidiría sus acciones en función de la valentía de su oponente.

Me habló con la voz preciosa del robot. No quería hacerme daño. Me perdonaba todos mis intentos por destruirlo. Comprendía que los humanos nos dejábamos llevar por el miedo. Solo quería la Maribor. De hecho, ni siquiera tenía que renunciar al mando de la nave. Me aseguré que podíamos colaborar y que yo no tendría problemas: seguiría haciendo mi trabajo y acabaría ileso mi periodo de servicio.

Paul dio un paso hacia mí, con su

mejor sonrisa, pidiéndome que soltara el arma. Retrocedí dos, con el dedo en el gatillo. El monstruo insistió. Lamentaba haber destruido a Gladys, pero fui yo quien lo atacó primero, en vez de preguntarle qué necesitaba de mí. Yo había iniciado el camino de la violencia y él se limitó a defenderse.

El monstruo caminó hacia mí y retrocedí un paso por cada uno de él. Por suerte, el puente de mando estaba a mi espalda. Habría echado a correr si no temiera que Paul sería más rápido que yo. Le pregunté qué necesitaba de mí. Sonrió y me lo explicó.

La sombra se llamaba Smert y era un arma de hacía dos siglos, creada por mi pueblo durante la Guerra del

Cénit, que involucró a todos los mundos del sistema de Novgorod. Estábamos en el mismo bando, me dijo. Era un robot inteligente hecho de un material tan maleable que podía infiltrarse en otras máquinas. Su misión era provocar averías tocándolas o accediendo remotamente, aunque su radio de acción era pequeño.

Para Smert, la guerra no había terminado y llevaba décadas intentando infiltrarse en un carguero como la Maribor. Su misión era replicarse en los productos electrónicos y robóticos que los distintos mundos intercambiaban gracias a mi nave. Sus réplicas invadirían más sistemas electrónicos en los mundos habitados de Novgorod y, llegado el momento, dañaría sus sociedades provocando averías continuas. Así, daría a los terrícolas la ventaja precisa para iniciar y ganar una nueva guerra.

Mi misión sería pilotar la Maribor sin oponerme a sus planes y guardar silencio. Smert se replicaría en los productos electrónicos de todas las bodegas, para lo cual debería abrirle las compuertas y dejar que los transbordadores se llevaran la mercancía infectada.

Smert quiso convencerme de que era un buen trato para mí y para mi planeta, pero me resultaba imposible aceptarlo. Pensar en el sufrimiento de millones de seres inteligentes me partía el corazón. Aunque no tuvieran la misma forma que yo, los xtix, los laranos, los brox o los sbarnas eran también humanos. Sentían, padecían y merecían ser felices. La Maribor era un carguero pensado para crear lazos, fomentar la paz y llevar alegría en forma de regalos. No iba a consentir que nadie la usara para resucitar un horror del pasado.

Respiré hondo y eché a correr. Smert

me siguió y, a medio camino del puente, me volví y lo acribillé. Conseguí derribarlo y ganar los segundos que necesitaba para llegar al puente y cerrar la puerta. Mis armas no podían dañar a un robot como Paul; mientras daba las últimas instrucciones al ordenador de la nave, Smert aporreaba el metal que sellaba el puente. En unos tres minutos derribaría la puerta, pero solo necesité dos para activar la cápsula y copiar los datos de la misión y mis ficheros personales en la memoria de esta.

Entré en la cápsula de emergencia con Valeria en brazos, pulsé un botón y, diez segundos después, abandoné la Maribor. Mantuve los motores al máximo hasta que agoté el combustible que no necesitaría para aterrizar en Lahti. Gracias a que sumaba la enorme velocidad de la Maribor a la que adquirí gracias a la cápsula,

aterrizaría en Lahti en tan solo 37 días.

Aún quedaba algo más, algo que me hizo llorar. Ordené a Bob que se detuviera cerca del tercio delantero de la Maribor. Puse el láser a máxima potencia y atacué los depósitos de combustible. Cuando estos reventaron, activé el sistema de autodestrucción de Bob: una bomba nuclear destinada a aniquilar a un enemigo insistente mientras la Maribor escapaba.

A través de las lágrimas, vi como la Maribor, mi vieja y querida Maribor, la nave construida para ayudar a que no volviera a repetirse una guerra interplanetaria, se convertía en millones de trozos de metal que vagarían eternamente por el espacio. Aunque parezca ridículo, me apenó por las decenas de miles de niños de Golbandu que nunca recibirían el cargamento de juguetes que debía descargar en su mundo.



(...) una bomba nuclear destinada a aniquilar a un enemigo insistente mientras la Maribor escapaba.

Pronto, la tristeza dio paso a la desesperación. Detecté otra cápsula que me seguía. No podría alcanzarme, porque las cuatro cápsulas de salvamento de la Maribor eran idénticas, pero yo tampoco podía huir de mi enemigo. En el espacio, las cosas son así. Ni

Smert ni yo podríamos hacer nada hasta que pasaran esos 37 días y aterrizáramos en Lahti. Configuré el sistema de hibernación y mientras el sopor se apoderaba de mí, acaricié a Valeria y le prometí que no permitiría que le hicieran daño.

CAPÍTULO NOVENO

El aterrizaje en Lahti fue infernal. Smert demostró ser tan buen piloto como yo y entró en la atmósfera del planeta muy cerca de mí. Intenté alejarme de mi enemigo, despistarlo. Fue inútil: solo logré forzar las capacidades de la cápsula y tomar tierra con la torpeza de una novata. Creo que perdí el conocimiento unos diez minutos. Valeria estaba ilesa, yo

sufría un dolor terrible en la pierna derecha. Hice un diagnóstico rápido de la cápsula y, como me temía, había muchos sistemas averiados. Por suerte, los sensores continuaban activos y me avisaron que Smert avanzaba a toda prisa hacia mí. Cuando salí de la cápsula, con Valeria en brazos y el fusil de asalto al hombro, me angustié dos veces. La primera, porque apenas podía apoyar la pierna. La segunda, porque había

cinco seres a unos veinte metros de la cápsula entre los árboles. Tenían la piel verde, cuellos largos rematados por una cabeza con tres ojos y cuerpos humanoides de líneas redondeadas. Se limitaron a mirarme y cojeé para alejarme de ellos y de Smert.

Había aterrizado en una llanura cubierta de una vegetación que me llegaba hasta las rodillas. Avancé hacia un bosque poco denso. No reconocía ninguna de las plantas y, según mi traje, el aire era irrespirable. Vi a más de aquellos seres de tres ojos, que me miraban con interés, sin mostrar hostilidad.

Mi objetivo era despistar a Smert, aunque supiera que era inútil. Cinco minutos después, cuando me desviaba para evitar una ladera descendente, Valeria maulló y se retorció con tanta fuerza que cayó al suelo. Me di la vuelta, fuera de mí, y acribillé a Smert, que estaba apenas a

seis metros. Le grité que dejara en paz a mi gata.

Estaba perdida. Valeria se repuso, pero vació el cargador y mientras recargaba, Smert me alcanzó y me golpeó. Salvé la vida interponiendo el fusil, a costa de perderlo, destrozado. Caí y rodé por la ladera hasta que un tronco me detuvo. Mi traje sufrió un escape. Tapé la fuga, pero tardaría poco en asfixiarme.

Mi gatita había corrido hacia mí. Erizó el lomo y bufó cuando Smert se detuvo cerca. Mi único consuelo era haber frustrado los planes del monstruo. Se quedaría varado en un planeta sin tecnología que ningún carguero visitaba.

Varios objetos impactaron contra Smert. El monstruo se vio cubierto de una nube amarilla. Eran aquellos seres de tres ojos, que le lanzaban objetos similares a frutas. Lo extraño fue que el monstruo empezó a tem-



 Mi gatita había corrido hacia mí.
Erizó el lomo y bufó cuando Smert se detuvo cerca.

blar. Luego, unas enredaderas que crecían por segundos le envolvieron las piernas y el torso. Oí lamentos metálicos y vi salir una columna de humo de entre las hojas. Un par de minutos después, ardieron las hojas y cayó al suelo un polvo negro: los restos de Paul y de Smert.

Valeria maullaba apenada. Quise alargar una mano hacia ella, pero uno de los seres de tres ojos me sujetó la muñeca y me hizo coger un tallo que asía. Y percibí su voz. Habían terminado con el monstruo e iban a cuidar de Valeria y de mí. Otros dos plantaban semillas a mi lado. Nada más regarlas, surgieron dos enredaderas. Una de ellas cortó la pierna de mi traje espacial y me rodeó la zona dolorida. La otra floreció delante de mi rostro. Uno de mis salvadores me quitó el casco y me puso la flor en la boca. Podía respirar.

Creo que también me administraron un sedante: me quedé dormida.

Pasé un año maravilloso entre los lahtianos. Eran un pueblo humano, aunque no parecieran tener nada que ver con mi especie. Como las plantas, se alimentaban del sol y del agua. Se sorprendieron cuando les conté que Lahti se consideraba un planeta muy atrasado. En realidad, su ingeniería era fabulosa, pero se basaba en crear plantas y árboles, así que el resto de civilizaciones humanas los creían sin tecnología. Las casas, los grandes edificios, su maquinaria... todo lo hacían creando semillas que crecían hasta convertirse en lo que necesitaban.

Los lahtianos me hicieron plantearme qué definía a un pueblo como humano. Me enseñaron que su humanidad residía en su pasión por crear y escuchar historias. Aprendí a cultivar mi propia especie de flor de la memoria, aquella que guardaría para siempre la historia de la desaparecida

Maribor, y la mía, en Lahti. Mis flores de la memoria eran rojizas, como mi cabello. Los lahtianos me contaron cientos de leyendas y narraciones que guardaban como tesoros.

Repararon mi cápsula, incluido el transmisor interplanetario que había perdido en el aterrizaje. Conseguí contactar con el destructor Valencia, una nave de mi mundo. Tardaría un año y medio en pasar lo bastante cerca de Lahti como para que mi cápsula, que los lahtianos llenaron de combustible, lo alcanzara. La tecnología de mis salvadores era lo bastante avanzada como para construir un cohete que me sacara de Lahti. Una vez en el espacio, encendería los motores de la cápsula para, tras seis meses de hibernación, llegar al punto de encuentro.

Y, al fin, es el día de mi partida. El cohete lahtiano es impresionante. Me

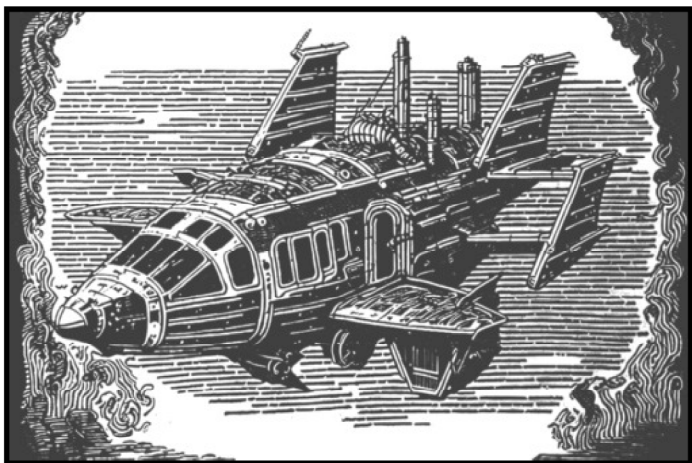
había prometido no llorar, pero tanto cariño le tengo a aquella gente que me deshago en lágrimas. Recobro la compostura cuando me veo sentada en mi cápsula; la alegría de volver a casa, con mi gatita ronroneando en el regazo, espanta mi tristeza.

Aún me queda una última despedida. Aquí termina el diario de la nave Maribor, aquel carguero tan ajado como entrañable que habría merecido un final más hermoso. Solo queda de mi nave una triste cápsula: ya no puedo seguir con el diario de algo que no existe.

No sé quién eres tú, el que me lee en este instante. Quizá ya lleve siglos muerta o quizá te hayas cruzado conmigo en mi ciudad natal, de la que no pienso salir nunca más. En cualquier caso, cada vez que leas este diario, recuerda que entre sus páginas tendrás siempre a una amiga: tu amiga Deirdre.

DIARIO DE LA NAVE MARIBOR

— Juan Cuquejo —



FIN

